

LOS EVANGELIOS SON LIBROS JUDÍOS

La Biblia es el texto sagrado de la Iglesia Cristiana. La leemos en las celebraciones de casi todas las tradiciones cristianas. Parece que es un libro más bien popular pues, año tras año, desde la invención de la imprenta, ha sido el más vendido del mundo. Sin embargo, puede que también haya sido el libro peor entendido de la historia y, probablemente, el que con más frecuencia se ha utilizado mal.

Desde los primeros padres de la Iglesia, en el siglo II de la era cristiana, hasta el Holocausto en la Alemania Nazi, en el siglo XX, la Biblia se ha citado para justificar un cruel antisemitismo.

En los siglos XI al XIII, se citó la Biblia para justificar las Cruzadas y el constante intento cristiano de acabar con los “infieles”, que no eran otros que los musulmanes que ocupaban los santos lugares en Oriente Medio. En aquellas cruzadas, lideradas por el Vaticano, el Occidente Cristiano, apelando a lo que consideraba “la Palabra de Dios”, inyectó en las venas del mundo un odio al Islam cuyos frutos estamos cosechando hoy, con los atentados del 11 de septiembre de 2001, las bombas del Maratón de Boston, la lacra del caos político en Oriente Medio... La hostilidad del mundo musulmán hacia Occidente es tan profunda que hemos sido políticamente incapaces de ayudar a que el anhelo humano de libertad, manifestado en lo que una vez se llamó “la primavera árabe”, se encauce de forma positiva.

En 1215, este libro, la Biblia, se citó para justificar el derecho divino de los reyes y para oponerse a la Carta Magna y al surgimiento de la democracia. Fue una de las muchas ocasiones en las que la interpretación literal de la Biblia estuvo del lado de la parte que iba a contracorriente de la historia. En los siglos XVII y XVIII, este libro sirvió para justificar la esclavitud de los africanos; y, cuando esta esclavitud terminó en los campos de batalla de Antietam, Gettysburg y Appomattox, este libro se usó de nuevo para legitimar una segregación igual de inhumana. No ignoremos un dato: la parte de los Estados Unidos en la que se practicó la esclavitud durante más tiempo, y en la que la segregación se defendió más ferozmente (con el uso de perros policía, manguerazos y atentados contra iglesias) se conoció y aún hoy se conoce como “El cinturón de la Biblia”. Conozco bien esta parte del país pues es la mía.

Este libro, la Biblia, también se usó para negar a las mujeres la educación universitaria, el acceso a muchas profesiones (incluido el sacerdocio) e incluso el derecho al voto hasta bien entrado el siglo XX. Más recientemente, se ha apelado a este libro para justificar una homofobia que, culturalmente, está muy extendida; también para negar a los gays y a las lesbianas el amparo de la ley y la igualdad en el reconocimiento de sus compromisos sagrados y de sus votos solemnes. Estas posturas reflejan una profunda ignorancia bíblica y, sin embargo, tienen resonancia pública cuando muchos pretenden justificar sus prejuicios viscerales a base de citar el relato de Sodoma y Gomorra en el Génesis o unos pocos versículos del Levítico o, incluso, las enrevesadas palabras de Pablo en el primer capítulo de la Carta a los Romanos. A pesar de tantos ejemplos documentados, de crueldad y de abusos cometidos en nombre de la Biblia, al final de las lecturas de este libro en las celebraciones, seguimos proclamando solemnemente:

“¡Palabra de Dios!”. ¿Cómo un libro que consideramos “Palabra de Dios” puede haber causado tanto daño, dolor y opresión? ¿Cómo un libro que se supone que habla del amor de Dios puede generar tanto destrozo? Esta es la pregunta que planteo hoy, al comenzar esta serie sobre el Evangelio de Mateo.

Para empezar, algunos datos bíblicos. El texto habitual de la Biblia tiene 66 libros más los Apócrifos (*). Treinta y nueve de ellos pertenecen a lo que los cristianos llamamos “El Antiguo Testamento”, y veintisiete forman el “Nuevo Testamento”. Se escribieron, aproximadamente, entre el año 1000 a.E.C. y el 140 E.C. (**) Los escritos más tempranos del Antiguo Testamento parecen ser los de la parte de la Tora conocida como el “Yahvista”. Y la parte del Nuevo Testamento que parece haberse escrito en último lugar es la Segunda Epístola de Pedro. La lengua original del Antiguo Testamento es el hebreo, mientras que la del Nuevo Testamento es el griego. Hay que señalar que Jesús hablaba arameo, una lengua emparentada con el hebreo pero no idéntica. Probablemente, Jesús sabía leer hebreo pero no hay evidencia de que hablase ni leyese griego, más allá de unas pocas frases necesarias para hacer tratos muy rudimentarios con algunos comerciantes que hablaban dicha lengua.

Si queremos entender mínimamente la Biblia, tenemos que empezar por hacernos cargo de que es un libro esencialmente judío. Cada escritor de cada uno de los libros de la Biblia fue un judío. Solo es discutible que lo fuese uno de ellos. La mayoría de los estudiosos cree actualmente que Lucas, el nombre asignado al autor del evangelio que lleva su nombre y del libro de los Hechos (que es, literalmente, la segunda parte del evangelio), era de origen gentil. Parece que luego Lucas se convirtió al Judaísmo y pasó a ser un “gentil prosélito”, y que, por esa vía, se incorporó al movimiento cristiano, posiblemente por influencia de Pablo. Así que todos los escritores bíblicos fueron judíos de nacimiento, excepto Lucas, y que este fue judío tras su conversión. Debemos asumir estos orígenes si hemos de entender la Biblia. El libro sagrado debe entenderse y leerse como un libro judío, como una serie de textos especialmente penetrantes y profundos, dentro del conjunto de la escritura judía.

Esto significa que toda la Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, habrá de reflejar inevitablemente la visión del mundo propia de la mentalidad judía. Su vocabulario es el del pueblo judío. Toda ella está empapada de la historia de la nación judía. Está totalmente apegada a los valores judíos. Está formada a partir de la experiencia de la liturgia en la sinagoga. Los lectores u oyentes para los que se escribieron los libros de la Biblia eran también judíos en su mayoría. Los autores de los libros de la Biblia podían presuponer un conocimiento cultural judío que era común entre el público al que se dirigían, conocimiento que, por tanto, no hacía falta explicar. Así que, para comunicar su mensaje, estos autores podían usar unas técnicas narrativas judías, que resultaban familiares y eran reconocibles por todos. Podían describir los acontecimientos que habían vivido relacionándolos con los eventos judíos de su historia antigua.

Si nos fijamos concretamente en los evangelios, descubrimos que esta pertenencia común al judaísmo, la aprovechó la comunidad cristiana mientras estuvo compuesta fundamentalmente por judíos, pues tal era, en efecto, la procedencia de la mayoría de los miembros de la iglesia primitiva. Sin embargo, hacia mediados del siglo II, la composición de la iglesia cristiana había cambiado mucho. La gente de origen judío

casi había desaparecido y la iglesia cristiana se había convertido en un colectivo casi exclusivamente gentil. Las comunidades cristianas se componían casi completamente de personas que no solo no conocía la tradición judía sino que, por influencia de la cultura predominante, miraban con recelo a todo lo judío. Así que, en sus propias escrituras cristianas, no podían reconocer los símbolos y referencias de la tradición narrativa judía. No podían presuponer lo que un público judío sí presuponía al escuchar la lectura de los evangelios. No entendían la forma que tenían los escritores de los evangelios de emplear las escrituras judías en sus relatos. Cuando un evangelio envolvía el recuerdo de Jesús de Nazaret con historias de las escrituras judías, no entendían cuáles eran las fuentes de las que se partía. Así que estos lectores gentiles empezaron a dar por supuestas algunas cosas, referentes a los evangelios, que el público judío original nunca habría asumido. Asumieron, sobre todo, que los evangelios eran historia o biografía. Y empezaron a entender literalmente ciertos versículos de los evangelios y a usarlos en los debates como si fueran la autoridad suprema.

Después, los cristianos gentiles empezaron a defender la exactitud literal de toda la Biblia. No reconocían, por ejemplo, que el relato de los sabios de Oriente se basaba en un texto de Isaías 60 en el que se dice que los reyes acudirían atraídos por el esplendor del “amanecer” de Dios, que vendrían en camellos, que Saba sería su origen y que traerían oro e incienso.

No entendían, por ejemplo, que la figura del padre terrenal de Jesús, al que llamamos José, se creó a partir del patrón proporcionado por otro José: el patriarca del libro del Génesis (37-50). Noten que los dos «José» tienen alguna característica común: por ejemplo, los dos tienen un padre llamado Jacob y los dos se caracterizan por tener sueños. A José el patriarca, se le llamó “el soñador” pues se hizo famoso como intérprete de sueños e incluso llegó a participar del poder político en Egipto, pues de intérprete de los sueños del Faraón llegó a primer ministro. Los cristianos gentiles no podían ver la conexión que veían los cristianos judíos cuando, en el evangelio de Mateo, Dios habla a José, el padre de Jesús, siempre en sueños. El José del evangelio recibió el anuncio del nacimiento de Jesús en un sueño; huyó de la ira de Herodes en Belén, después de que Dios le avisase en un sueño; y salió luego, de Belén hacia Galilea, y se estableció en Nazaret también a consecuencia de un sueño. Los sueños caracterizan, pues, a los dos «José» porque Mateo construyó el personaje del padre de Jesús según el modelo del patriarca. Finalmente, también los dos José juegan un papel primordial en la salvaguarda de la Alianza. El Patriarca José evitó que el pueblo elegido muriese de inanición en un tiempo de hambruna al acogerlo en Egipto y el padre terrenal de Jesús evitó que el mesías niño muriese a manos de Herodes llevándolo también a Egipto. El retrato del padre terrenal de Jesús que encontramos en el Nuevo Testamento es típico de la tradición narrativa judía. Mientras los evangelios tuvieron lectores predominantemente judíos que los leían como libros judíos, estos puntos estuvieron claros. Sin embargo, cuando la Iglesia Cristiana se convirtió en una comunidad compuesta mayoritariamente por gentiles, en torno al 150 E.C., esta clave interpretativa de los evangelios ya se había perdido. Así fue como los cristianos empezaron a creer que la única forma adecuada de leer los evangelios era asumir que sus relatos eran verdaderos en su sentido literal y por eso empezaron a defender que

solo se podían leer así. Por eso, lo que hoy llamamos fundamentalismo es, en definitiva, una herejía gentil.

Por esta razón, la maravilla que hay en estos textos permanecerá oculta para nosotros hasta que la Iglesia Cristiana o no aprenda a mirar con ojos judíos a los evangelios o no empiece a ponerse unas lentes judías para leerlos. El fundamentalismo bíblico, si no se combate, terminará por destruir al Cristianismo. Por eso es el peor enemigo interno que tenemos. La consecuencia que los cristianos pagaremos por nuestra ignorancia y por nuestro antisemitismo será perder la fuerza de nuestros propios evangelios, que, como digo, son libros judíos y deben leerse con ojos judíos.

Pues bien. El más judío de los evangelistas es Mateo y hoy, comienzo una nueva serie que nos llevará a profundizar en su obra. Espero que, al terminar esta serie, ni Mateo ni, en general, la Biblia, serán ya lo mismo para ustedes.

- *John Shelby Spong*

[© www. ProgressiveChristianity.com]

(*) *N. d T.* Como el lector sabrá, el canon bíblico no es el mismo en las diversas iglesias cristianas. La Biblia católica, por ejemplo, tiene más libros porque incluye en el canon, bajo la denominación de "Deuterocanónicos", los que en la tradición de Spong se llaman "Apócrifos".

(**) *N. d T.* Spong no utiliza las referencias "Antes de Cristo" (a.C.) y "Después de Cristo" (d.C.), sino "Antes de la Era Común" (a.E.C.) y "de la Era Común" (E.C.).